

Con cuchillos cachicuernos,
No con puñales dorados;
Abarcas traigan calzadas,
Que no zapatos con lazo;
Capas traigan aguaderas,
No de contray ni frisado;
Con camisones de estopa,
No de holanda, ni labrados;
Cabalguen en sendas burras,
Que no en mulas ni en caballos;
Frenos traigan de cordel,
Que no cueros fogueados;
Mátente por las aradas,
Que no en villas ni en poblados;
Sáquente el corazon vivo
Por el siniestro costado,
Si no dices la verdad
De lo que eres preguntado,
Sobre si fuiste ó no
En la muerte de tu hermano. —
Las juras eran tan fuertes
Que el Rey no las ha otorgado.
Allí habló un caballero
Que del Rey es más privado:
—Haced la jura, buen Rey,
No tengais d'eso cuidado,
Que nunca fué rey traidor
Ni papa descomulgado. —
Jurado habia el buen Rey,
Que en tal nunca fué hallado.
Pero tambien dijo presto,
Malamente y enojado:
—¡Muy mal me conjuras, Cid!
¡Cid, muy mal me has conjurado!

Porque hoy le tomas la jura
A quien has de besar mano.
Vete de mis tierras, Cid,
Mal caballero probado.
Y no vengas mas á ellas
Dende este dia en un año.
—Pláceme, dijo el buen Cid,
Pláceme, dijo, de grado,
Por ser la primera cosa,
Que mandas en tu reinado:
Por un año me destierras,
Yo me destierro por cuatro.—
Ya se partia el buen Cid
A su destierro de grado
Con trescientos caballeros,
Todos eran hijosdalgo,
Todos son hombres mancebos,
Ninguno allí no habia cano,
Todos llevan lanza en puño,
Con el fierro acicalado,
Y llevan sendas adargas
Con borlas de colorado,
Y no le faltó al buen Cid
Adonde asentar su campo.»

Este Cid que desafía á su rey y se burla del papa, tiene tan poco respeto á los santos lugares como el Cid de la realidad: entra por fuerza en una iglesia donde habia buscado asilo un conde á quien perseguia, y saca á su enemigo de detrás del altar. En vano sería pedirle sentimientos elevados ó tiernos; quizás el Cid de la realidad no amó nunca, al

ménos es cierto que su matrimonio fué dictado por la política, no por la inclinacion; pero por otro lado nada nos autoriza á suponer que tratase á su esposa de la manera que refieren las antiguas poesías castellanas que vamos á presentar, las cuales cuentan la muerte de D. Gomez de Gormaz, padre de Jimena, y son notables por extremo, no solo bajo la relacion del estudio de las costumbres, sino tambien bajo el aspecto artistico:

Asosegada estava la tierra, que non avie guerra de nin-
[gun cabo.

El conde don Gomes de Gormas a Diego Laynes fiso
[daño

fferióle los pastores, e robóle el ganado.

A Bivar llegó Diego Laynes, al apellido fué llegado.

El enbiólos rrecebir á sus hermanos, e cavalga muy pri-
[vado.

Ffueron correr á Gormas, quando el sol era rayado.

Quemaronle el arraval, e cómensaronle el andamio,

e traen los vasallos e quanto tiene en las manos;

e traen los ganados quantos andan por el campo;

e traenle por dessonrra las lavanderas que al agua estan
[lavando.

Tras ellos salió el conde con cient cavalleros fijosdalgo,
rebtando a grandes boşes a fijo de Layn Calvo:

»Dexat mis lavanderas, fijo del alcalde cibdadano,

ca a mi non me atenderedes a tantos por tantos, por
[quanto él está escalentado.»

Redro Ruy Laynes, señor que era de Faro:

»Cyento por ciento vos seremos de buena miente e al
[pular.]

Otorganse los omenajes que fuessen y al dia de plaso.

Tornanle de las lavanderas e de los vasallos;

mas non le dieron el ganado, ca selo querian tener por lo
[que el conde avia levado.]

E los nueve dias contados cavalgan muy privado.

Rodrigo, fijo de don Diego, e nieto de Layn Calvo,

E nieto del conde Nuño Alvares de Amaya, e visnieto del
[rey de Leon.]

dose años avia por cuenta, e aun los tresé non son,

nunca se viera en lit, ya quebravale el corason.

Cuéntasse en los cien lidiadores, que quiso el padre o
[que non.]

En los primeros golpes suyos e del conde Don Gomes son.

Paradas estan las bases, e comiensa a lidiar.

Rodrigo mató al conde, ca non lo pudo tardar,

Venidos son los ciento e pienssan de lidiar.

Enpos ellos salió Rodrigo, que los non da vagar.

Prisso a dos fijos del conde a todo su mal pessar,

a Hernan Gomes, e Alfonso Gomes e trajolos a Bivar.

Tres fijas habia el conde, cada una por cassar;

e la una era Elvira Gomes, e la mediana Aldonsa

Gomes, e la otra Ximena Gomes la menor.

Quando sopieron, que eran pressos los hermanos e que
[era muerto el padre,

paños bisten brunitados e velos a toda parte

(estonce la avian por duelò; agora por goso la traen).

Salen de Gormas, e vanse para Bivar.

Viólas venir Don Diego, e a recibir las sale

»¿Donde son aquestas freyras que algo me vienen deman-
[dar.]

»Desirvos hemos, señor, que non avemos porque vos lo
[negar.]

Ffijas somos del conde don Gormas, e vos le mandastes
Prissistesnos los hermanos, e tenedeslos acá. [matar.

E nos mugieres somos, que non ay quién nos anpare. «

Essas oras dixo don Diego: »No devédes a mi culpar.

peditlos á Rodrigo, sy vos los quisiere dar.

Prometolo yo a Christus, a mi non me puede pesar. «

Aquesto oyó Rodrigo, comenso de fablar:

»Mal fesistes, señor, de vos negar la verdat;

que yo seré vuestro fijo, e seré de mi madre.

Parat mientes al mundo, señor, por caridat.

No han culpa las fijas por lo que fiso el padre.

Datles a sus hermanos, que muy menester los han.

Contra estas dueñas mesura deveves catar. «

Alli dixo don Diego: »Fijo, mandatgelos dar. «

Sueltan los hermanos: a las dueñas los dan.

Quando ellos se vieron fuera en salvo, comenzaron de

[fablar:]

»Quince dias possieron de plaso a Rodrigo e a su padre,
que los vengamos quemar de noche en las cassas de Bi-

[var.]»

Ffabló Ximena Gomes la menor: »Mesura, »dixo,» her-

[manos, por amor de caridat.

Yrme he para Çamora, al rey don Fernando querellar,

e mas fincaredes en salvo, e el derecho vos dará. «

Alli cavalgó Ximena Gomes, tres doncellas con ella van,

e otros escuderos que la avian de guardar.

Llegaba a Samora, do la córte del rey está,

llorando de los ojos e pidiendo piedat.

»Rey, dueño so lasrada, e aveme piedat.

Orphanilla finqué pequeña de la condesa mi madre.

Ffijo de Diego Laynes fissime mucho mal;

prissime mis hermanos, é matóme a mi padre.

A vos que sodes rey vengome a querellar.

Señor, por merced, derecho me mandat dar. «

Mucho pessó al rey, e comensó de fablar:

»En grand coyta son mis reynos; Castilla alçarséme ha; e si se me alçan Castellanos, ffaserme han mucho mal.»

Quando lo oyó Ximena Gomes, las manos le fué bessar.

•Merced, «dixo,» señor; non lo tengades a mal.

Mostrasvos he asosegar a Castilla e a los reynos otro

[tal.

Datme a Rodrigo por marido, aquel que mató a mi pa-

[dre.]

No cabe engañarse sobre el móvil de Jimena al solicitar del rey, el favor de tomar á Rodrigo por esposo; lo que la llevó á hacerlo no fué un sentimiento de admiracion romántica, sino el deseo de impedir una guerra civil; no queria á Rodrigo, pero con ese desinterés de que solo la muger sabe dar pruebas, se sacrificó, lisonjeándose de que el indómito lidiador se dulcificaría cuando conociese el motivo de su conducta; pero comprendió estos sentimientos Rodrigo? supo apreciarlos? léjos de eso, despues que Fernando lo casó con Jimena, dice:

«Señor vos me desposaste más á mi pesar que de grado.

Mas prométolo á Cristus que vos non besse la mano,

nin me vea con eya en yermo ni en poblado

fasta que venzu cinco lides en buena lid en campo,»

y se vá á guerrear, á batallar y á dar tajos y cuchilladas, sin preocuparse para nada de Jimena, de quien no vuelve á hablarse más en el relato.

Hicimos mal en decir que el Cid de la poesía del siglo XII, no era más amable que el Cid de la realidad?



P.C. Monumental de la Alhambra y Giralda
CONSEJERÍA DE CULTURA

II.

Un caballero que sabe batirse mejor que ninguno, protector y gobernador de su rey cuando no le combate, franco y vigoroso de ánimo hasta la rudeza y la brutalidad, inaccesible á todo sentimiento de ternura y capaz de violar un lugar santo, sin escrúpulos de conciencia, tal había sido el extraño ideal del feudalismo guerrero del siglo XII. Pero cuando los sentimientos comenzaron á depurarse y ennoblecerse, un héroe cuyas cualidades morales estaban tan poco desenvueltas, debió dejar de gustar, y entónces, por la naturaleza de las cosas un Cid más noble, más digno y más leal reemplazó al antiguo. El autor de la canción de *Gesta* lo ha creado.

En la época en que se escribió, es decir, en el año 1200, los sentimientos caballerescos despertaban y las costumbres habían ya

ganado mucho en dulzura y nobleza. Sin embargo, las masas no eran aún capaces de concebir un héroe tal como el Cid de la canción de *Gesta*; era necesario para esto un espíritu superior y el autor rebeló claramente estar muy encima de su tiempo. Su poema es una verdadera obra maestra; si no se encuentra en él esa manera franca y viva que encanta y atrae en los recogidos por el compilador de la *Crónica rimada*, presenta en cambio en su tono general algo grave, algo sólemne y homérico. El plan está combinado con arte, y, sin embargo, es tan sencillito, tan natural que dos escritores de renombre han tomado este poema, que es casi enteramente una obra de imaginación, por un relato histórico, y al poeta por un cronista que refiere los acontecimientos sin alterarlos en nada.

El Cid de la Canción ha conservado algo «del antiguo Cid; es sagaz y astuto, se bate «por tener de que comer,» vive de augurios, pero por lo demás es otro hombre: es buen cristiano, en todas las coyunturas difíciles dirige ardientes súplicas al Eterno; después de cada victoria, se deshace en acción de gracias; goza también de la protección divina; cuando transido de dolor se apresta a abandonar un patria, el ángel Gabriel se

le aparece en sueños para consolarle y predecirle un porvenir venturoso: sirve á su patria y á un rey con entero desinterés. Alfonso ha hecho mal en desterrarle, tal es al ménos la opinion de los habitantes de Búrgos, que esclaman al verle atravesar la ciudad:

«Dios mio que buen vasallo si oviese buen señor!»

El Cid no acusa á Alfonso: achaca su desgracia á los cortesanos y lejos de insultar á su rey, procura desarmar su cólera con una conducta digna y leal. Cuando sabe que se ha puesto en camino para arrebatarle sus conquistas, se las abandona diciendo que no quiere combatir contra su señor. Mientras el Cid de las poesias del siglo XII no deja de repetir á su rey que no es vasallo suyo, este aprovecha todas las ocasiones para asegurar que lo és. En cuanto consigue una victoria envia á Alfonso un magnífico regalo, y cuando el rey agradecido dá al fin su brazo á torcer y viene á visitarle á Valencia, lo recibe con la mas profunda humildad, se arrodilla ante él, besa el suelo que pisa y derrama lágrimas de alegría. Es un modelo de generosidad y de bondad, lo mismo con sus enemigos que con sus soldados. Cuando abandona una fortaleza conquistada, los moros le

despiden con lágrimas en los ojos, asegurándole que sus ruegos le acompañarán por donde quiera que vaya, se conmueve fácilmente, se enternece, se apiada y no considera indignidad dar á conocer sus pesares. Al verse obligado á abandonar el castillo de sus padres llora y cambia palabras verdaderamente tiernas con Jimena en el momento de partir á el destierro:

Antel Campeador donna Ximena fincó los ynoios amos.

Loraua de los oios, quisol besar las manos.

Merçed Campeador, en ora buena fuéistes nado:

Por malos mestureros de tierra sodes echado.

Merçed ya, Çid barba tan complida.

Ffem ante uos yo e uestra ffijas: ynffantes son e de

[dias chicas.]

Con aquestas mys duennas de quien so yo seruida:

Yo lo veo que estades uos en yda,

E nos de uos partir-nos hemos en vida.

Dand-nos conseio por amor de Sancta Maria.

Enclinó las manos en la su barba velida,

A las sus fijas en braços las prendia:

Legolas al coraçon, ca mucho las queria.

Lora de los oios, tan fuerte-mientre sospira:

Ya, donna Ximena, la mi mugier tan complida,

Commo a la mi alma yo tanto uos queria:

Ya lo vedes que partir-nos tenemos en vida

Yo yre e uos fincarédes remanida.

Plaga á Dios e a Sancta Maria,—que aun con mis manos

[case estas mis fijas.]

O quede ventura e algunos dias vida!

E uos mugier ondrada, de mi seades seruida.

El Cid de la Cancion como verdadero padre de familia, se preocupa constantemente del matrimonio de sus hijas Doña Elvira y Doña Sol: este matrimonio es su idea favorita y tambien el asunto principal del poema. Dueño de Valencia tenia ya el proyecto de elegir entre sus vasallos dos esposos dignos de ellas, cuando D. Alfonso le propuso los infantes de Carrion, Fernando y Diego.

Esto gradesco a Christus el myo sennor:
Echado fui de tierra e tollida la onor.
Con grand afan gané lo que he yo:
A Dios lo gradesco que del rey he su gracia;
E pidenme mis fijas pora los ynfantes de Carrion.

Aunque los infantes eran de elevada alcurnia y gozaban de mucha influencia en la corte, el Cid rehusó siempre aliarse con ellos por creerlos poco a propósito para labrar la felicidad de sus hijas y si consintió en la proposición del rey, fué únicamente por respeto á su soberano. El doble matrimonio se efectuó; pero los hechos vinieron á probar que la antipatía del Cid no era infundada. Los infantes de Carrion, que solo habian pedido la mano de Doña Elvira y Doña Sol por ser estas damas excelentes partidos, eran vanos, orgullosos, pérfidos y aun cobardes, como lo probaron el dia en que el león del Cid se salió

de su jáula. He aquí esta escena que el antiguo poeta ha pintado de una manera admirable:

En Valençia seye Mio Çid con todos sus vasallos:
Con el amos sus yernos los ynfantes de Carrion.
Yazies en vn escanno durmie el Campeador.
Mala sobreuienta, sabed, que les cuntió:
Salios de la red, e nesato el leon.
En grant miedo se vieron por medio de la cort,
Enhraçan los mantos los del campeador,
E çercan el escanno e fincan sobre so senior.
Fernan Gonzalez non vió alli dos alçasse nin camara abier-
[ta ni torre.

Metios sol escanno tanto ouo el pauor:
Diego Gonzalez por la puerta salió;
Diziendo de la boca: non veré Carrion.
Tras vna viga lagar metios con grant pauor:
El manto e el brial todo suzio lo sacó.
En esto despertó el que en buen ora nació:
Vió cerçado el escanno de sus buenos varones:
Ques esto mesnadas, o qué queredes uos?
Hya, sennor ondrado: rebata nos dió el leon.
Myo Çid fincó el cobado; en pié se leuantó.
El manto trae al cuello, e adelinó pora leon.
El leon quando lo vió assi envergonçó:
Ante Myo Çid la cabeça premió e el rostro fincó:
Myo Çid don Rodrigo al cuello lo tomó,
E lieua-lo adestrando, en la red lo metió.
A marauilla lo han quantss que y son.
E tornaron-se al palacion pora la cort.
Myo Çid por sos yernos demandó e no los falló.
Mager los estan lamando, ninguno non responde:

Quando los fallaron e ellos vinieson, assi vinieron sin co-
[lor:

Non viestes tal guego commo yua por la cort.

Mandólo vedar Myo Cid el Gampeador.

Muchos touieron por enbaidos los ynfantes de Carrion.

Habiendo conseguido el Cid una gran victoria sobre Bucar, los infantes que habian recibido una gran parte del botin, volvieron á Carrion, acompañados de sus esposas y de Felez Muñoz, pariente de su suegro. En Molina, el moro Abengalvon, aliado del Cid, los recibió muy cortésmente y les enseñó sus riquezas. Los infantes formaron el designio de matarlo y apoderarse de sus tesoros; pero un moro, que comprendia el español, entendió lo que hablaban y dió aviso á su dueño. Abengalvon reprochó á los infantes la traicion que habian urdido; pero por respeto al Cid, los dejó marcharse sin castigarlos como merecian. Llegado á la selva de Corpés, los infantes pusieron por obra el infame proyecto concebido antes de abandonar á Valencia. Al despuntar el dia ordenaron á todo su séquito ponerse en marcha y, quedándose solos con Doña Elvira y Doña Sol, les anunciaron que, para vengarse de los insultos que habian recibido de parte de los compañeros del Cid, con motivo de la aventura del leon, las iban á abandonar en la selva: luego despojan-

dolas de sus vestidos, las azotaron con las correas de sus espuelas. Corrió la sangre y al fin los infantes dejaron á las desdichadas mugeres, sin poder gritar, y espuestas á ser pasto de los búitres y las bestias feroces.

Salváronse sin embargo; Felez Muñoz que recibió, como los demás, orden de partir al despuntar la aurora, intranquilo por la suerte de sus primas, se habia ocultado detrás de una montaña para esperarlas. Vió venir á los infantes descuidados y hablando de lo que habian hecho, y dejándolos pasar, volvió á la selva donde encontró á sus primas casi exánimes: las llamó por sus nombres: al fin abrieron los ojos y cuando volvieron á su conocimiento, las cubrió con su manto, las colocó á caballo y las condujo á un lugar seguro.

Cuando el Cid se informó de lo ocurrido:

*una gran hora pensó et comidió,
alzó la mano e la barba se tomó
grado á Christus que del mundo es sennor
cuando tal hondra me han dado, los infantes
(de Carrion
por la aquesta barba que nadie non mesó
non la dóblarán los infantes de Carrion
que a mis fijas bien las casaré yo.*

En seguida vueltas estas á Valencia, las

abrazó y les dijo sonriendo:

*Venid de mis fijas Dios vos curie de mal
Hijo tomé el cassamiento; mas non osé de-
(zir al.
Plegue al Creador que en el cielo está
Que os vea mejor cassadas de aquí adelant.*

Esta súplica fué escuchada; algun tiempo despues dos caballeros de rango mucho más elevado que los infantes de Carrion, se presentaron para casarse con doña Elvira y doña Sol, era el uno infante de Aragon, el otro de Navarra: así el padre logró que se realizase su voto más ardiente, y contento de ver á sus hijas dichosas, pudo ya morir tranquilo (1).

(1) Este último año M. Damas-Hinard ha publicado un texto muy esmerado de la Cancion del Cid, acompañado de la traduccion, una introduccion y notas. Con gran pesar mio este erudito y concienzudo trabajo ha llegado á mí poder cuando la impresion de este artículo estaba casi concluida.

III.

En la canción de *Gesta* el carácter del Cid tiene toda la dignidad y el brillo que podía darle la Edad Media: natural era que este héroe tan generoso y tan leal fuese para la nación el tipo más noble del amor, del honor, de la caballería, de la religión y del patriotismo. El pueblo que lo envidiaba á los nobles, procuró apropiárselo, ya en parte, haciéndolo descendiente de la nobleza por su padre y villano solo por su madre (1), ya por completo, suponiéndolo hijo de un mercader de trapos (2), de un molinero (3), de un labrador (4).

Los poetas posteriores no encontraron nada que añadir al carácter del Cid, y los ro-

-
- (1) *Crónica General.*, fól. 280, col. 1 y 2.
 - (2) *Crónica rimada*, vs. 869 y siguientes.
 - (3) *Canción del Cid*, verso 3389 y siguientes.
 - (4) Romance «Tres cortes armara el rey.»

manceros del siglo XVI, que no comprendían tampoco la tradición y se engañaban frecuentemente sobre el sentido de las expresiones más usuales (1), disfrazaron completamente al héroe castellano, convirtiéndolo en un galán culto y decididor, como falsearon el tipo de Jimena, suponiéndola una señora romántica y sentimental. Los monges tuvieron más acierto en la ejecución; sus leyendas se distinguen por una sencillez encantadora.

El Cid, no era para todos los monges, el héroe favorito, como lo fué para los nobles y aldeanos, porque en general aquellos sostenían la dignidad real contra la nobleza. Alguna vez, en verdad, aparecían poco respetuosos para con los reyes; el lenguaje que el antiguo poeta Gonzalo de Bercéu atribuye á Domingo de Silos, cuando habla al rey Garcia, no difiere mucho del empleado por los caballeros en los romances (2). Pero solo en circunstancias excepcionales hablan así; de ordinario estaban en favor del rey que los

(1) Hé aquí un ejemplo: en las composiciones antiguas Gomez de Gormaz es llamado «el conde lozano, el conde vigoroso, robusto,» pero los romanceros modernos han tomado este adjetivo por un nombre propio, el conde Lozano.

(2) «Vida de Santo Domingo de Silos,» cöpla 127 y siguientes.

protegía contra la nobleza y reconstruía sus claústros saqueados y quemados á menudo por los grandes señores (3). Sin embargo, el Cid llegó á ser el héroe favorito de los monges de un convento benedictino, del de San Pedro de Cardaña. Allí todo recordaba su memoria; allí se encontraba su sepulcro, su bandera, su escudo, su copa de cristal violeta, la cruz que llevaba sobre el pecho, y contenía, segun era fama, un pedazo de la verdadera cruz; uno de los cofres que dejó en prenda á los judíos de Búrgos y otras muchas reliquias, más ó ménos apócrifas. No contentos con poseer el sepulcro del Cid, los monges de Cardaña, disputaron á los de San Juan de la Peña el honor de poseer el de Jimena; enseñaban hasta los huesos de esta señora, «pero son tan grandes, dice Sandoval, que causan miedo y parecen más bien los de un hombre que los de una muger.» Pretendieron también que en su iglesia reposaban el padre y la madre del Cid, sus dos hijas, su hijo Diego, su yerno Sancho de Aragon (enterrado en San Juan de la Peña, y no casado con una hija del Cid), su nieto, el rey Garcia de Navarra (enterrado

(3) Véase por ejemplo á Sandoval, «San Pedro de Slonza,» fól. 37.

en la catedral de Pamplona), el obispo Gerónimo, cuyo sepulcro está en Salamanca y por último el conde D. Gomez de Gormaz y su esposa, parientes de Jimena, segun los romances (1). Como se vé San Pedro de Cardaña se hizo un verdadero panteon consagrado á todos los personajes, reales ó fabulosos, que habian tenido algunas relaciones con el Cid de la realidad ó el de la poesía popular; y si este número de sepulcros donde suponian que reposaban individuos enterrados en otra parte, ó que quizás no existieron nunca, no habla muy alto en favor de la buena fé de los monges, prueba al ménos que entre ellos la memoria del Cid era muy respetada, cosa que acreditaron tambien con sus leyendas.

La más antigua de éstas era la del leproso, que se encuentra en la *Crónica rimada* (2), y tambien en la *general*. (3) Hay algunas diferencias entre estos dos relatos; el autor de la *rimada* siguió sin duda la tradicion oral, y la *general* la tradicion consignada en la leyenda de Cardaña; hé aquí el fondo de estas dos narraciones.

Llegado á un vado, Rodrigo encontró á

(1) Véase Sandoval, «San Pedro de Cardaña,» al fin.

(2) Versos 577 y 579.

(3) Fólío 281.